

CAPÍTULO XXXIII.

CUANDO fué rey el duque de Orleans, no olvidó los peligros que corrió por él, el conde de Erlon en 1815, en la Fère, y en 1816 en Grenoble: lo hizo Mariscal de Francia.

En cuanto á Didier, oculto durante algun tiempo en las colinas y en los bosques de San--Martin de Hères, comprendió que la retirada era poco segura y pasó, por la riveira izquierda del Ysère, las montañas que se estienden hasta Turin; despues, conducido por pobres aldeanos que en la noche le daban hospitalidad, y en el dia le servian de guia, traspasó la garganta de la Coche, situada entre la Saboya y el valle de Ysère.

Allí, tres de sus compañeros, proscriptos como él, se le reunieron.

Estos eran Dussert, Durif y Cousseux.

Una vez reunidos los tres conjurados pidieron á su gefe una esplicacion sobre esta empresa, á la que los habia arrastrado en nombre del emperador. En efecto, los fugitivos habian adquirido á sus espensas la prueba de que María Luisa no estaba en Eybaies, como se les habia dicho, y de que el conde Bertrand, de quien Didier habia tomado la firma, no habia entrado en el complot.

Entonces Didier confesó que el complot habia tenido por objeto colocar al duque de Orleans en el trono.

—Pero, exclamó Dussert, la Francia no habria querido al duque de Orleans.

—Entonces, respondió, habriamos proclamado la república.

—A fé mia, sí, dijo Dussert, porque Borbon por Borbon, lo mismo vale Luis XVIII.

Desde entonces los tres cómplices de Didier no creyeron deber guardar consecuencias á un hombre que los habia engañado.

El mismo dia Cousseux se separó de él y fué solamente con Dussert y Durif con quienes continuó su viaje.

En la tarde se detuvieron en Saint-Sorlin-d'Arves, pequeña villa de la Maurienne, en la casa de un posadero llamado Balmain.

Didier estaba rendido de fatiga; y como por otra parte sufría horriblemente de una herida que habia recibido, se arrojó sobre un monton de paja trasformado en lecho, y se durmió.

Durif y Dussert permanecieron en pié, calentándose en la chimenea; despues, cuando se aseguraron que Didier dormia, informaron al huesped que clase de hombre habia recibido en su casa, y el precio de su cabeza.

Al otro dia al amanecer, Durif, Dussert y Balmain dejaron la posada.

Didier dormia todavía; por miserable que fuera el lecho en el que estaba acostado, hacia largo tiempo que no encontraba uno semejante.

Cuando despertó no encontró en la posada sino á la mujer de Balmain; la interrogó sobre la desaparicion de Durif y de Dussert; la mujer de Balmain comenzó por tartamudear; y despues, arrastrada por su conciencia, se arrojó á sus piés, diciéndole:

—¡Salvaos! ¡Salvaos! os traicionan.

Todo estaba esplicado en estas pocas palabras; agoviado de fatiga, sufriendo de su herida y sangrándole los piés, Di-

dier se levantó; y con ese valor admirable que no le abandonó un solo segundo, ganó los bosques vecinos; despues, conducido por un cabrero, llegó hasta la garganta de un valle que se abria sobre la Francia.

Aquí las fuerzas le faltaron y cayó en tierra.

Permaneció allí una hora; hora terrible, hora de angustias y de agonía, peor que la que precede á la muerte; porque era la que precedia á la pérdida de toda esperanza; aquella durante la cual el condenado comienza por dudar de los hombres y acaba por dudar de Dios.

En fin, resignado á todo, se volvió á levantar, tomó el camino de Saint Sorlin, y llegó delante de una casa aislada de la pequeña villa de San Juan de Arves.

Fuera de esta casa, sentada sobre un banco, una anciana se calentaba, á los últimos rayos del sol poniente.

Didier se detuvo enfrente de ella y la pidió hospitalidad.

La anciana levantó la cabeza.

—¡Sois aquel que ha conspirado contra el rey, y que se busca por todo el pais!

Didier fijó un instante sus penetrantes ojos en las facciones de la anciana, y, al traves de sus arrugas, inútilmente buscó leer sobre su fisonomía, la espresion de la piedad ó del odio. Esta fisonomía no espresaba sino la atonia de la vejez.

Didier estaba en el colmo de la debilidad.

—Y bien, sí, dijo, soy Didier; entregadme á la justicia si quereis; pero antes dadme pan y un lecho, esperaré aquí á los gendarmes.

—¡Entregaros! exclamó la anciana, no señor; no hay mas que un miserable en todo el pais capaz de entregar á su huesped, este miserable ¡es Balmain! entrad.

Didier entró.

Se preparaba á mojar un pedazo de pan en una taza de leche, cuando entró el dueño de la casa; preguntó quién era este huesped desconocido, y Didier le dijo su nombre.

Entonces el hombre tuvo menos valor que la mujer, y dijo á Didier que no podia ocultarlo en su casa; tanto mas cuanto que desde por la mañana la policia piamontesa registraba todas las casas del valle.

Al mismo tiempo llamó á uno de sus hijos.

—Venid, dijo á Didier; este niño va á conducirnos á una troje aislada en medio de los bosques; permaneced allí bien oculto, y todas las noches os llevaremos de comer, hasta que esteis en estado de poder continuar vuestro viaje.

No habia otro partido que tomar; el peligro estaba allí y se aproximaba paso á paso. Didier siguió al niño.

Balmain era quien dirijia á los carabineros piamonteses que registraban las casas: de vuelta con ellos á Saint Sorlin, habia obligado á su mujer á confesarle la huida de Didier y las causas que la motivaron. Furioso de ser un traidor sin recibir el precio de su traicion, se habia puesto él mismo á la cabeza de los investigadores. La noche se aproximaba; el dia se habia pasado en pesquisas inútiles, cuando uno de sus hijos, amenazado por él, le contó que cuando volvia de dar pastura á los ganados, habia visto á lo lejos *un á señor* conducido por un niño, dirijirse hácia la troje de los bosques. Esta noticia fué un rayo de luz para Balmain: conocia esta troje aislada: sin duda ninguna, Didier hábia buscado allí un refugio. Balmain se puso en marcha llevando consigo á los carabineros; la noche comenzaba á aparecer; era la hora calmada y solemne en que el silencio que se esparce por toda la naturaleza, parece mas profundo aun en el seno de los grandes bosques. Mas tarde el mismo Balmain ha contado que á esa hora en que el hombre se siente mas débil, como si las tinieblas fuesen á la vez un peligro y una religion, su corazon habia desfallecido un instante al apercibir en la sombra lejana una masa mas opaca; al reconocer la troje en que el desgraciado dormia sin duda bajo el ojo de la Providencia, ese guardian de los proscriptos, sintió desfallecer su corazon, pasó su mano por la frente y se detuvo vacilante.

—¿Y bien, què teneis, señor posadero, en qué pensais? le preguntó el oficial de los carabineros; ¿os habeis extraviado? ¿no sabeis que camino tomar?

—No, respondió Balmain, vuelto en sí por esta voz, buscaba el medio de rodear esta troje de una manera mas segura; despues, como por instinto, sintiendo la intencion de retardar la hora de la traicion:—creo que seria mejor, añadió, esperar á que saliese la luna.

—No, repitió el oficial, marchemos.

No se podia ya retroceder, Balmain dirijió á los carabineros hácia la troje, la rodeó de soldados, y entró en el interior con el oficial y dos hombres.

Didier estaba acostado sobre la paja y dormía; antes de que despertase era ya prisionero.

Entonces este hombre tan débil, que sufría tanto, y tan desalentado una hora antes, se armó en el mismo instante de toda su enerjía. Se adelantó con la cabeza erguida, y el que para venir se habia arrastrado, fué demasiado vivo para no retardar la marcha de los que lo conducian.

Se le encerró en casa del notario de Saint Sorlin.

De aquí se le condujo á Turin, á donde esperó su extradicion.

Esto se pasaba en el dia 17, es decir, dos dias despues del dia en que fueron fusilados Miart, Piot, Alloart, Belin, Hussart, Bard y Mary; al dia siguiente del que era ejecutado David.

El dia 18, Sert, cuñado de Dussert, se presentó en la prefectura de Grenoble, y presentó un certificado á M. de Montbleveau, del cuartel maestro de carabineros en que constaba que por sus noticias y por las de Balmain el posadero habia sido descubierto Didier.

En consecuencia los veinte mil francos fueron repartidos entre Sert y Balmain.

En cuanto á Durif y á Dussert, por un convenio hecho con anterioridad con Sert, si les salvaba la vida.

Didier entregado á la Francia por el Piamonte, llegó á Grenoble, el dia de la Ascencion á las tres de la tarde, conducido en un coche por un oficial superior de artilleria, un oficial y un sargento de Gendarmes, y paró en el muelle de Ysère, en frente del hotel Belmont, habitado por el general Donnadieu.

Una carta inserta por el general en *la Gaceta de los Tribunales*, en 1840, refiere los detalles de la entrevista en estos términos:

“Despues de haberle hecho servir la comida, estuve dos horas tratando con él, sobre la gran empresa, á la cabeza de la cual se habia colocado.

“Me esplicó como habia partido de Paris, el décimo séptimo de los comisarios enviados para sublevar á la Francia, despues de haber asistido á una reunion de personas muy influentes, donde habia recibido las instrucciones y el dinero necesario para sus operaciones. Una vez ocupado Grenoble, de esta ciudad era de donde debia partir la señal para el movimiento general en toda la Francia. Él habria marchado sobre Lyon, donde se le esperaba al siguiente dia de la ocupacion de Grenoble, con todo el material de artillería. Me dijo que si no habia tenido buen éxito en su empresa, era por el accidente providencial que me habia hecho conocer al subteniente Aribert; que debia ser arrestado por él á las diez y media en punto; y á las once, dueño de la ciudad ó de los ánimos, dirijido por los habitantes y la tropa estaba seguro del triunfo de su proyecto; que habia asistido la antevíspera del ataque á una inspeccion que yo habia hecho del batallon de Hérault; que estaba allí con un capitán en servicio activo, al cual le calmó su ardor, cierto como estaba, me decia, de salir bien y sobre todo de evitar la efusion de sangre y el desórden, mandando y dirijiendo el movimiento. Me dijo otras muchas cosas sobre sus relaciones en Paris, que no puedo repetir aquí. Conducido de mi casa á la prision, no le volví á ver sino algu-

nos minutos antes de sus últimos momentos en su calabozo, á donde me dirijí para preguntarle si en aquel instante supremo no tenia alguna revelacion que hacer. Le encontré tan calmado como resignado: le hablé del rey, del cual no tenia nada de que quejarse; entonces me dijo lleno de emocion, palabras demasiado memorables, tomando por testigo al juicio eterno, ante el cual iba á aparecer; palabras que, segun sus deseos, me apresuré á poner en conocimiento del rey por un despacho extraordinario que debe existir en los archivos; y que las leyes actuales no me permiten revelar. Me retiré de esta visita lleno de la mas dolorosa emocion y lamentándome de que un carácter tan bello y un valor semejante, hubiesen sido empleados en fines tan deplorables."

El general Donnadieu hizo que condujeran á Didier á su prision, y remitió al rey sus pliegos.

El procedimiento fué corto; Didier no pretendió defender su vida, por otra parte, la última esperiencia que habia adquirido de los hombres lo habia disgustado, y preparado á la muerte.

El sábado 8 á las nueve de la mañana, compareció ante la corte prevostal; la defensa fué una espléndida justificacion de su carácter: ninguno de los altos personajes comprometidos en este negocio fué nombrado por él. Defendido por M. Motte, que en su defensa suplicaba á la corte recomendasen á su cliente á la clemencia del rey, Didier le interrumpió, y desgarrando la hoja de un folleto, escribió sobre un pedazo de papel.

"Doy gracias á mi defensor por sus generosas palabras; pero suplico á la justicia no detenerse: yo no pido nada al rey."

La corte se retiró para deliberar y entró al cabo de una hora para pronunciar la sentencia de muerte.

Didier escuchó su sentencia con esa calma y severidad que desde su arresto no le habian abandonado un solo momento.

La ejecucion debia verificarse el 10 de Junio á las once de la mañana.

A las nueve, el general Donnadieu entró en su prision; queria ver á Didier por última vez, platicar con este hombre, del cual, á pesar suyo, tenia una opinion tan elevada.

Los que quieran tener una idea esacta de esta entrevista, no tienen mas que leer la obra que el general Donnadieu publicó en 1837, con el título de *la Vieja Europa, de los Reyes y de los Pueblos*, y encontrarán testualmente en ella referidas las frases siguientes.

El general Donnadieu, queria obligar á Didier á que confesase; le prometia una prórroga y tal vez el perdon.

Didier se sonrió tristemente.

—Que os confesaré, yo que dentro de una hora ya no eesistiré? sin embargo, decid al rey que desconfie de los hombres que lo rodean, y que tienen dos juramentos en la boca.

Despues añadió:

—Decid ademas al rey, que su mayor enemigo está entre su familia.

Dos horas despues, Didier fué prevenido por el ejecutor de que habia llegado el momento de marchar al cadalso.

Se levantó, y en el mismo momento se presentó sin cambiar nada de su traje de mañana.

Estaba vestido con un pantalon azul, con una bata de moleton blanca y tenia cubierta la cabeza con un gorro de noche.

La travesía se hizo á pié: un sacerdote llamado el abate Toscan, marchaba cerca de él; su modo de andar era calmado, sin precipitacion y sin retardo; se habria dicho que se dirijia á una invitacion amistosa al caminar á esta cita de la muerte.

Llegado que fué al pié del cadalso, Didier besó humildemente el crucifijo, hizo seña al sacerdote para que permaneciese á donde estaba, y subió con paso firme las gradas de

la plataforma; llegado arriba, el verdugo quiso tocarlo; pero él lo retiró con un jesto, se tendió sobre la plancha fatal, murmuró algunas palabras, adioses ó súplicas. . . . y un segundo despues ya no existia.

Las once y cuarto daban en la iglesia de San Luis.

En un viaje que hice á Grenoble en 1835, hice que me enseñaran en el cementerio la tumba del condenado de 1816.

Tenia esta simple inscripcion:

PABLO DIDIER.

CAPÍTULO XXXIV.

LAS conjuraciones se sucedian rapidamente: puede verse en la admirable obra de Luis Blanc, al cual no se le puede reprochar mas que ser un poco sistemático, la historia del carbonarismo; quizás tengamos un dia la ocasion de escribir con mas estension que con la que podemos hacerlo ahora, la historia de esa época, y añadir algunos documentos nuevos á aquellos que nos da el proscrito del 15 de Mayo y 13 de Junio; en el entretanto nos limitaremos á indicar aquellas conjuraciones.

Despues de la conjuracion de Didier, vino la de Pleignies, Tolleron y Carbonneau, despues la del Alfiler Negro, del Petardo, del coronel Caron, de Berton y de los cuatro sargentos de la Rochela, que fueron ejecutados el mismo dia que se

daba una fiesta en las Tullerías, en los muros de las que se podia leer al dia siguiente este distico.

Dos fiestas dan á Luis por lo que importe,
Ahorcan en la Greve, y bailan en la Corte.

Despues aconteció la conspiracion de Louvel, que salió bien porque no tenia cómplices.

Se encuentra, con objeto de esta conjuracion, que se une á nuestra historia por el cambio que operó en la fortuna del duque de Orleans la muerte del duque de Berry, una estraña anecdota en las *Memorias históricas de la policia*.

Dos ó tres dias antes del asesinato de la plaza Louvois, Luis XVIII, segun el archivero Peuchet, habia enviado á buscar á M. de Decazes, antes de la hora en la cual tenia la costumbre de recibir.

Luego que llegó al palacio fué introducido en el momento delante del rey Luis XVIII, segun dicen las *Memorias* que citamos, y este le dió la orden de bajar á la iglesia subterránea de Sta. Genoveva, y de llevarle cualquiera cosa que fuese, el objeto que encontrara sobre la tumba del cardenal Caprara.

La comision era estraña, pero muchas veces Luis XVIII tenia raros caprichos; mejor que nadie el favorito conocia el humor un poco fantástico del rey; obedeció y llevó al rey un fragmento de alabastro oriental; era lo único que encontró sobre la tumba designada.

Con grande admiracion suya, Luis XVIII, pareció satisfecho.

—Ahora, dijo el rey, despues de haber examinado el fragmento con la mas escrupulosa atencion, enviad á alguno á la Biblioteca, mandad pedir por la persona que envieis, las obras en folio de San Agustin, edicion de 1669, y en el tomo VII, entre las páginas 104 y 105, se encontrará una hoja de papel.

De esta hoja es de la que tengo necesidad; sin embargo,